

bajo-relieves de figuras humanas bellamente esculpidas, y la condujeron desde Constantinopla á Córdoba el referido Ahmed y el obispo Rabi. La menor era de mármol verde, y fué adquirida en Siria, y se consideró por todos los inteligentes como un verdadero prodigo del arte. En cuanto llegó á poder del califa, dispuso éste que fuese colocada en la alcoba ó dormitorio del pabellón oriental, conocido por *el salon de la familiaridad y del solaz*, y mandó agregar á su ornato doce figuras de oro bermejo incrustadas de perlas y esquisita pedrería, labradas en los talleres reales de Córdoba, representando diversos animales. Pusieron en ella un león entre un antílope y un cocodrilo; al lado opuesto un águila y un dragón, y entre ambos grupos una paloma, un halcón, un pavo real, una gallina, un gallo, un milano y un buitre. Todos estos animales eran huecos y vertían en el tazon de la fuente chorros de agua cristalina.

La mezquita de Azzahra, templo de estupenda estructura, preciosamente labrado en todas sus partes, de noventa y siete codos de largo de la *aljufia* á la *quiblah* sin contar el *Mihrab*, y de sesenta y uno de ancho, fué obra de cuarenta y ocho días, habiendo An-nasir empleado en ella diariamente mil obreros entendidos, de los cuales trescientos eran albañiles, doscientos carpinteros, y los demás canteros, escultores, doradores, esmaltares, mosaicistas, pintores, estucadores, tallistas, herreros, broncistas, etc. Contenía cinco naves, la central de trece codos de anchura, las demás de doce, y un patio de cuarenta y tres codos de la *aljufia* á la *quiblah*, enlosado de mármol rojo, en cuyo centro había una fuente que vertía sin cesar un agua purísima. Tenía esta mezquita una *zoma* ó alminar cuadrado de cincuenta codos de altura. En la *Maksurah*, de construcción y ornamentación maravillosas, había un púlpito ó mimbar de sorprendente riqueza.

Poco duraron los palacios de Azzahra. Desde el año 961 de J. C., en que murió su glorioso fundador dejándolos terminados (1), hasta la triste época en que comenzó con la extinción de los Amíritas la guerra civil en el Califado cordobés entre los bereberes y andaluces, entre Suleyman y Almuhdi, no trascurrió medio siglo. Los dos riva-

(1) Durante el reinado de su hijo Al-hakem (del 961 al 976 de J. C.) se hicieron en Medina-Azzahra otras muchas construcciones; pero en los alcázares y jardines no había nada que hacer.

les, alternativamente favorecidos por el conde de Castilla Sancho Garcés, talaron uno tras otro el campo y la sierra cuando se vieron vencidos y precisados á dejar la ciudad; pero los béraberes de Suleyman fueron mas feroces que sus contrarios, redujeron á cenizas la mágica población de Azzahira, pocos años antes delicia del hagib Almanzor, y entrando en Azzahra (año 1010) la saquearon despues de haber pasado á cuchillo á sus moradores. Permanecieron en ella algunos meses, y luego la evacuaron para estender sus terribles corrieras por toda la tierra circunvecina, donde talaron las mieses, incendiaron las granjas, y no quedó un solo caserío en que no estampasen su destructora huella. En aquella gran devastacion los habitantes de la campiña se refugiaron en Córdoba con lo que pudieron salvar de sus haciendas, huyendo la furia de aquel animado torbellino, y hubo de resultas hambre en la ciudad. Y cuentan las historias árabes que habiendo cundido la asoladora plaga por todo el norte del Andalús, solo Toledo y Medinaceli se libraron de la ruina, quedando tan despoblada la provincia, que podia un viajero andar por ella á caballo dos meses seguidos sin encontrar alma viviente. Aunque maltratada por tan deshecha tormenta, debió quedar en pie al abrigo de la Sierra la preciosa flor (1) plantada por An-nasir para otra flor la mas querida de su harem.

Un rey cristiano (2) prendado de ella, confiado en el prestigio de sus victorias y en el abatimiento del Islam, la pidió para su esposa á su nuevo dueño el régulo de Sevilla. Dos cosas demandó el conquistador castellano á Almu'tamed: que le diese á Medina-Azzahra para residencia de D.^a Constanza que iba en su compañía, y que le dejase libre una parte de la mezquita mayor para trasladarse á ella la reina diariamente y dar allí á luz el fruto que llevaba en sus entrañas (3). Indignado el sarraceno dió la muerte por su propia mano al judío portador de tan insolente mensaje, y no contribuyó poco este atentado á que D. Alfonso, ardiendo en sed de venganza, estrechase á Almu'tamed con tan poderosos medios, que le hiciese preferir el en-

(1) Azzahra viene de la palabra árabe *zahra*, que significa *flor*.

(2) D. Alfonso VI, conquistador de Toledo.

(3) Dicen los historiadores árabes que la peticion del rey D. Alfonso fué sugerida por los obispos y eclesiásticos que le acompañaban, por considerar que el alumbramiento de la reina seria mas meritorio á los ojos de Dios en aquel lugar, que habia sido antiguamente basilica cristiana.

tregarse con el ruinoso Estado andaluz en brazos de los almora-
vides.

¿ Quién cuidaba entre tanto de aquella perla del arte arábigo? Probablemente estarían desiertos y abandonados aquellos hermosos palacios, y sus antes deliciosos jardines yermos y convertidos en madriguera de alimañas. Los bereberes habrían despojado sus lujosos pabellones, robado todas sus riquezas, destrozado aquel artificioso estanque de líquido mineral, aquellos tronos de oro y pedrería, aquellas fuentes de bronce y mármoles, aquellos baños voluptuosos, aquellos artesonados de oro, mármoles transparentes y maderas incorruptibles, aquéllas arcadas de ébano y marfil, aquellas costosas alfombras, aquellos doceles de brocado!... Muchos cercos sufrió la antigua sede del Califado andaluz desde D. Alfonso VI hasta S. Fernando en poco mas de cien años, y en este tiempo no hallamos qué hicieran aprecio alguno de la desolada y desierta Medina-Azzahra ni los almoravides, ni los almohades sus impetuosos sucesores. Cuando el santo rey tomó á Córdoba no quedaban ya en pie mas que los muros de un alcázar que tantos tesoros había contenido, teatro de los mas gloriosos acontecimientos del Califado de Occidente y testigo de una prosperidad que había de parecer fabulosa narrada por la historia. El tiempo había hecho su oficio: todas las construcciones poco sólidas se habían reducido á polvo: la tierra, tan afanosa por tragar los monumentos de los hombres que le arrancan los tesoros de sus entrañas, había recobrado lo suyo, y con su incesante e imperceptible crecimiento cubierto ya las marmóreas escalinatas rotas, los pavimentos de piedra desnivelados, los acueductos, algibes, estanques, fuentes, baños: todo lo somero y profundo, sobre lo cual tendió largos años su capa de nieves y barrizales el aterido invierno, su verde manto de grama la alegre primavera, sus tejidos de cardos, espinos y punzante maleza el abrasado verano, y el otoño su seca y amarilla vestidura de despojos. Lo alto y fuerte perdió paulatinamente su delicado y deleznable revestido de estucos pintados y dorados, sus armaduras de alerce: y quedó desnudo. Los reyes moros de Sevilla se llevarian á la nueva corte algunas hermosas columnas y otros objetos útiles para sus construcciones; pero muchos materiales preciosos quedaban todavía en aquello que solo parecía un castillo arruinado en los días de la reconquista.

Ya en este tiempo había perdido el vulgo la memoria del origen

de Azzahra , y sus diseminados vestigios habian hecho nacer entre los cristianos vencedores una falsa tradicion respecto del antiguo asiento de Córdoba ; de que luego participaron los historiadores de mejor criterio. Y al hacer el santo rey el repartimiento de Córdoba y su tierra entre los ricos-hombres , caballeros y órdenes religiosas que habian asistido á la conquista , ya la ciudad de la esclava querida de An-nasir habia perdido su nombre por el impropio de *Córdoba la vieja* (1).

Con este perseveró desde entonces , y el nuevo nombre contribuyó á que se desvaneciese del todo en los siglos sucesivos el recuerdo de una poblacion tan novelesca por su origen , tan interesante por las escenas en ella ocurridas , tan maravillosa en todo : que habia rivalizado con las mas famosas ciudades orientales y sostenido dignamente el paralelo con los soberbios palacios de los reyes Ninivitas , Acheménios , Sassanidas y Abassidas.

De *Córdoba la vieja* se haceencion en algunos documentos de la edad media : ¡ de Medina-Azzahra nunca ! Aquel asolado campo con su ruinoso castillo pasa , no sabemos cuándo , del patrimonio real al patrimonio municipal : llega el año 1405 , viene á Córdoba un venerable religioso gerónimo (2) á solicitar la fundacion de un convento de ermitaños en la sierra , y la noble viuda de D. Diego Fernandez de Córdoba , alcaide de los donceles , le cede para este piadoso objeto una huerta que poseía contigua á *Córdoba la vieja* : la ciudad le dá para el mismo fin en 1408 las *ruinas del castillo de Córdoba la vieja* , ya propiedad suya. El arruinado castillo viene entonces al suelo : los sillares de sus muros son acarreados al cerro inmediato donde los padres gerónimos edifican su convento ; los tableros esculpidos de barro y piedra que los revestían caen despezados entre la yerba , donde permanecerán acompañando al sueño secular de las otras ruinas anteriores ya sepultadas en aquel *campo de soledad* , hasta que un anticuario los remueva y los desdeñe desconociendo su procedencia (3) , y venga luego otro (4) y los admire como lo que realmente son , aunque sin saber tampoco el nombre que llevaron. De los despojos aparentes ape-

(1) En el referido repartimiento el rey *retuvo para sí* el campo de *Córdoba la vieja* , y en una donacion hecha por el mismo monarca á 20 de febrero de la Era 1279 (A-D. 1241) , que cita Gomez Bravo (t. 1.º , pág. 4) , se dice : *contra Cordubam la vieja* .

(2) El P. Fr. Vasco.

(3) Ambrosio de Morales.

(4) El licenciado D. Pedro Diaz de Rivas.

nas queda alguno útil que los buenos frailes no se lleven á su monasterio: cargan con cuantos capiteles y fustes de mármol yacen sobre aquella vasta sepultura de grandezas; llévanse cuanta piedra les parece acomodada á la construccion de su templo, de su claustro, de su capitulo, trazados segun el florido sistema ojival terciario; llévanse por fin hasta un cervatillo y una cierva de bronce (1) hueco hallados entre los escombros, que quizás en otro tiempo habian deleitado en alguna fuente del palacio de Azzahra los ojos de su mimosa dueña, y acomodan uno de ellos á un pilon del claustro del santo cenobio. A todo esto, nadie sabia ya que hubiese existido Medina-Azzahra. Las ruinas de *Córdoba la vieja* pasaban por reliquias anteriores á la dominacion agarena, y deshecho el castillo, no quedó al parecer piedra sobre piedra en aquella vasta, ondulosa y verde planicie, ya convertida en dehesa.

El erudito cronista de Felipe II que vivió algunos años en el monasterio de S. Gerónimo de la Sierra, obcecado con el error vulgar no vió lo que saltaba á la vista, esto es, que los fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y barro, que se hallaban diseminados por la dehesa de *Córdoba la vieja*, eran de la misma casta que la ornamentacion del Mihrab de la mezquita mayor (2). Otro anticuario mas perspicaz en estas materias trató de corregir la falsa opinion, y este convenció á otros de que aquellos despojos pertenecian á alguna sumtuosa fábrica de sarracenos (3). Nada se adelantó sin embargo; las antigüedades árabes tenian poco que esperar de la tendencia que tomaban á la sazon los estudios arqueológicos.

Fué preciso que pasaran otros dos siglos y que un orientalista do-

(1) Estuvo el ciervo en el convento de S. Gerónimo de la Sierra hasta hace pocos años. Ahora se halla en el Museo provincial. Es de alto poco mas de un pie: el carácter de su forma es puramente ornamental, segun la tradicion del arte antiguo, como el de los colosales mitos de Ninive, como el de los toros, leones y monstruos fantásticos de Persépolis, como el de los famosos leones de la Alhambra. Tiene la cabeza algo levantada y la boca abierta como en disposicion de arrojar por ella un caño de agua. La cierva, de la misma materia y tamaño, fué llevada al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. No sabemos si se conserva.

(2) Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades* se esforzó vanamente en persuadir que *Córdoba la vieja* era la *Colonia patricia* fundada por Marcelo. No se hizo cargo de los fragmentos de arquitectura decorativa, puramente neo-griega, por allí diseminados, ni conoció el estilo arábigo del ciervo de bronce que le estuvo una porcion de años vertiendo el agua en la pila del claustro de S. Gerónimo, cuando él hacia vida de monge.

(3) El citado D. Pedro Diaz de Rivas. Véase el Discurso primero de sus *Antigüedades de Córdoba*. Siguieron su opinion el P. Roa (*De Cordubæ in Hispania Betica principatu*), Gomez Bravo (obra citada), y otros.

tado de ingenio y gracia para cautivar contando las cosas de la España árabe (1) en una época en que la ilustración se ceñía casi exclusivamente á lo latino y griego, volviese á pronunciar el nombre de *Medina-Azzahra* para que se despertase entre los literatos y anticuarios, con la afición perdida á las historias de nuestros antiguos dominadores, el deseo vehemente de investigar el asiento de aquella célebre población. Pero como aquel mismo arabista daba acerca de su situación noticias equivocadas (2), se buscó en vano por muchos años lo que tanto se deseaba hallar.

¿Quién habia de imaginarse que las reliquias de los palacios mas sorprendentes que vió la España musulmana estaban sepultadas en una dehesa de un mayorazgo (3), de la cual ya nadie se acordaba ni aun para esclarecer la duda que habian dejado en pie los anticuarios de los siglos XVI y XVII? Y sin embargo, la compilación de historias de la España árabe hecha por Ahmed Al-Makkari, vulgarizada en Europa desde el año 1840 por la laboriosidad de otro arabista distinguido (4), nos estaba revelando lo que en aquel abandonado campo debíamos prometernos.

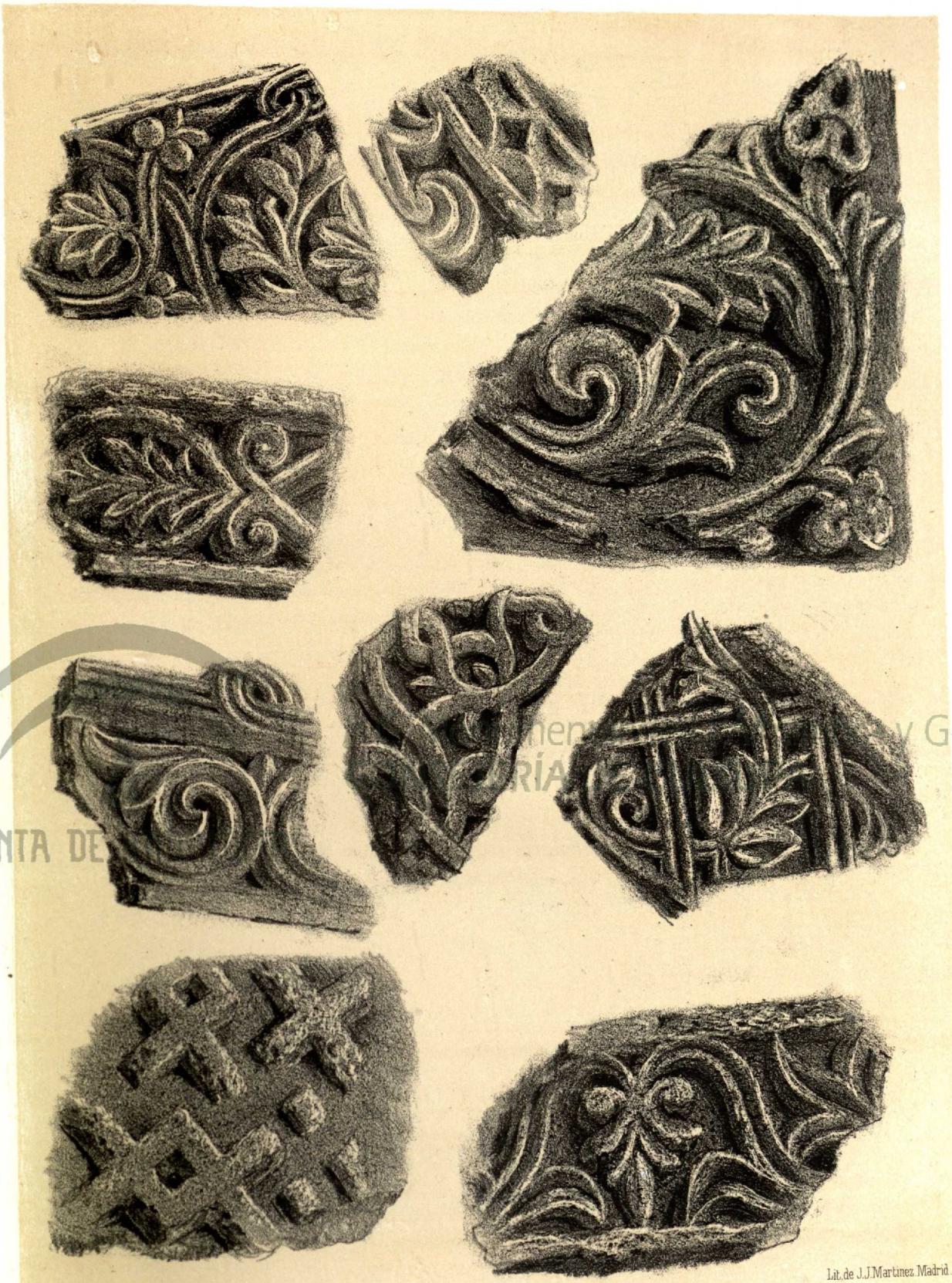
No está, no, la triste y dolorosa ruina de la mas bella creación monumental árabeo-bizantina donde la buscan todavía muchos apasionados de aquel arte. No busqueis el grandioso rastro de Azzahra ni en las orillas del Guadalquivir, ni en lo recóndito de la Sierra. Hélo ahí, á tres millas de Córdoba entre norte y poniente, donde todos los escritores árabes de mas autoridad situaron siempre la hermosa joya. Su dicho concorde es mi testimonio, y en prueba de que el arte lo confirma, ahí teneis esos fragmentos por mi propia mano recogidos entre la maleza y cardizales que cubren la llamada *suerte de S. Gerónimo* en la dehesa de *Córdoba la vieja*. Contempladlos, y os convenceréis de que los edificios de que formaron parte solo han podido pertenecer á la época mas floreciente y á la población mas famosa del Califado andaluz. Ahí teneis todos los elementos de la ornamentación

(1) D. José Antonio Conde en su *Historia de la dominación de los árabes, etc.*

(2) Dice que se hallaba á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo.

(3) Es esta dehesa propiedad de los marqueses de Guadalcázar, no sabemos desde cuándo.

(4) Nuestro citado amigo D. Pascual de Gayangos, que tradujo del árabe en correcto idioma inglés la historia de Al-Makkari para la Sociedad asiática de Lóndres. Salió á luz este interesante trabajo en 1840.



Lit. de J. J. Martínez Madrid.

Dib. del nat. y lito. por F. Parcerisa.

FRAGMENTOS DE LOS PALACIOS DE MEDINA-AZZAHRA.

mas bella y graciosa que creó el Oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las *postas* que figuran las olas de la mar; los *meandros* ó *grecas* de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los *enlaces* ó *entrelazos*, combinación preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las *palmetas* en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hacia dentro, otras hacia fuera, imitación feliz del *loto* asirio y de las palmas fenicia y lebana; el *acanto silvestre* tan parecido á la hoja del punzante cardo; el *tulipan* y la *flor de loto*, graciosa importación del arte de Persépolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Ninive y Babilonia, etc. (1). Y advertid que además de estos pedazos de piedra y barro tan lindamente trabajados, quedan en *Córdoba la vieja* otros de mármol labrados con el mismo esquisito gusto, algunos de fondo de color, sobre el cual destacan esos tan elevados y bien recortados adornos; y en la huerta de S. Gerónimo no pocos capiteles que de allí se sacaron, los cuales podrían sostener la competencia con los capiteles corintios del famoso monumento de Lisícrates de Atenas (2).

(1) Véase la lámina *Fragmentos del palacio de Medina-Azzahra*.

(2) No habiendo podido proporcionarme ninguno de los capiteles de Medina-Azzahra que yacen en la huerta del monasterio de S. Gerónimo, no me es dado ofrecer al lector mas que los dibujos de los otros fragmentos que en mi poder conservo. Sin embargo, por el capitel árabe-bizantino que se publica en la correspondiente lámina de *detalles* juntamente con otro de estilo africano sacado de la *capilla de Villaviciosa*, se formará una idea exacta de los otros que no ha sido posible ni dibujar siquiera. El expresado capitel árabe-bizantino es obra mandada ejecutar por el mismo califa que fundó los alcázares de Azzahra, y se conserva hoy en Córdoba en el patio de la casa llamada de las *Encomiendas*, donde lo ha dibujado para remitirnoslo nuestro bondadoso amigo D. José Saló, profesor de pintura y vecino de aquella ciudad.

Las hojas que le adornan son de acanto silvestre, como las que empleó Calímaco al introducir entre los órdenes griegos el bello capitel corintio; y su disposición en todo conforme con la que se observaba en los mejores tiempos del arte, así en Grecia como en Roma, en los siglos de Pericles y de Augusto. Faltanle solamente los *caulículos* que se adhieren á las volutas por la parte inferior; pero están felizmente sustituidos con esbeltas espadañas que ciñéndose á la voluta terminan en el ábaco del capitel. La inscripción esculpida en este, traducida por el Sr. Gayangos, dice así: «En el nombre de Alá: la bendición de parte de Alá sea sobre el príncipe de los creyentes (Alargue Alá su permanencia en la tierra) Abde-r-rahman ben Mohammad. Esto es de lo que mandó labrar por manos de Xenis su page. Hizo esto Fatah el marmolista.» La cruz esculpida en sus volutas pudiera ser quizás obra de cristianos posterior á la reconquista.

Al considerar estos preciosos indicios de la gran pureza á que llegó el arte bajo los reinados de Abde-r-rahman III y de su hijo Al-hakem II, casi se atreve uno á creer que los árabes-españoles sintieron mejor que los bizantinos la belleza del arte helénico, y que muchos elementos de la arquitectura griega de los buenos tiempos revivieron en el arte andaluz de los siglos IX y X hallándose casi proscritos por la arquitectura de Bizancio.

Nótese en el capitel africano del tiempo de Almanzor cuán brevemente pasó la ornamentación del garbo á los primores, del brío á la timidez, del franco y libre perfilar

La dehesa de *Córdoba la vieja*, que á los ojos del vulgo no es mas que un llano descampado con leves sinuosidades hacia la parte de la Sierra en cuya falda apoya, y donde sobre la viciosa vegetacion espontánea propia de aquel delicioso clima descuellan de trecho en trecho algunas encinas é higueras silvestres, se descubre inmediatamente á los ojos del observador atento como vasta ruina de alguna construcion importante, y á los del arqueólogo como precioso depósito de una de las páginas mas interesantes del libro monumental: página lastimosamente despedazada, mas no del todo perdida. Merced á nuestra natural incuria, por regla general deplorable, ahora por excepcion benéfica, consérvanse hoy estas ruinas próximamente en el estado mismo en que se hallaban á fines del siglo XVI y principios del XVII, cuando nos las describían Ambrosio de Morales y el licenciado Diaz de Rivas sin saber de cuán noble cadáver hacían la filiacion (1). Algunos preciosos vestigios que ellos vieron han desaparecido: quizás han sido cubiertos por la lenta crecida del terreno. Lo que hoy allí principalmente se advierte es una elevacion de forma cuadrangular y superficie llana de unos ciento setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, poniente y mediodia, y por el norte unida á la Sierra con varios montículos de figura irregular, no de formacion natural, sino de escombros en que facilmente se hallan trozos de piedras bellamente labradas, lastras de mármol rotas y otros objetos, con solo remover la masa pulverulenta que cubre la yerba. En el centro mismo del limite meridional de la alta planicie que domina la llanura, hay un hueco cubierto de espesa maleza, como indicio de haber existido allí alguna puerta, y desde este punto de la explanada parte recta al mediodia por lo bajo de la campiña una especie de calzada que finaliza en un objeto informe de fábrica de argamasa y mampostería, pié tal vez de algun robusto torreon de entrada. ¿Sería este por ventura vestigio de aquella segunda puerta de entrada al

al prolijo y nimio asiligranado, en cuyo minucioso ejercicio se perdió lastimosamente en las épocas sucesivas aquel gusto varonil que prometía al Occidente un renacimiento dichoso del arte antiguo seis siglos antes de venir al mundo los grandes genios del tiempo de Leon X.

(1) Véanse las descripciones que en sus citadas obras hacen de los vestigios de *Córdoba la vieja*. Estas descripciones pueden hoy servir de utilísima guia para una exploracion detenida de aquel campo, pues en ellas se indican con gran minuciosidad los parajes que ocupaban algunos curiosos objetos, torres, cisternas, etc., que hoy ya no se ven, y que sin duda ha cubierto la marea de la llanura.

alcázar árabe , por donde pasaron á caballo D. Ordoño y su introduc-
tor Ibn Talmís ? ¿Sería aquella otra brecha que hemos visto en el de-
clive meridional de la plaza rectangular la subida á la plataforma don-
de se apóe el rey destronado ? ¿Ó sería mas bien esta misma plaza
aquel famoso terrado de los tres pabellones donde tantas cosas me-
morables acaecieron ?... Ultimamente, aquella singular planicie, obra
evidente de los hombres y no de la naturaleza , ¿es un mero terraplen,
ó es el resultado de un hundimiento que conserve quizá intacta la plan-
ta baja de alguna construccion palaciana ? ¿Quién podrá hoy saberlo ?
No faltan allí en verdad reliquias de grandes construcciones, y cuando
otra cosa no hubiera , bastaría un soberbio ramal de acueducto que
sale del costado de oriente de la indicada plaza en dirección S.E.,
todo revestido interiormente de durísima costra de betun liso y bruñi-
do como escayola , para persuadirse de la gran probabilidad de poder
exhumar en este parage muchos tesoros del arte.

Con mala estrella por cierto hemos comenzado nosotros esta
obra (1). Esperemos sin embargo proseguirla con mejor fortuna ; y

(1) Siendo esta superior á mis medios como particular , tuve el honor de escitar al
gobierno en diciembre de 1853 á que hiciese una esploracion arqueológica en la refe-
rida dehesa de *Córdoba la vieja* , reservándose el emprender excavaciones en regla si
aquel previo reconocimiento prometía algun resultado útil á la historia del arte. No pue-
do quejarme de haber sido recibido con indiferencia; al contrario , mis indicaciones , el
relato fiel de lo que en aquel campo había yo visto, y la mera inspección de los fragmen-
tos por mi recogidos , despertaron en el Sr. D. Agustín Esteban Collantes , á la sazon
ministro de Fomento , el mas plausible entusiasmo: nombró inmediatamente en Córdoba
una comision que entendiese en los trabajos de esploracion , y facilitó el pequeño fondo
que se creyó suficiente para llevarlos á cabo. Confíosenos al Sr. Gayangos y á mí el car-
go de dirigir á los comisionados de Córdoba , los cuales por su parte animados del me-
jor celo dieron desde luego señales de actividad. Los Sres. D. Ramón Aguilar Fernández
de Córdoba , D. Francisco de Borja Pavón y D. José Saló , fueron los comisionados: hi-
cieron de su parte cuanto era de apetecer para el logro del objeto principal de las ins-
trucciones que les fueron remitidas , que era cerciorarse de si había ó no edificación
soterrada en aquella planicie ó plaza elevada rectangular de que dejó hecho mérito. Por
causas imprevistas no pudieron comenzar los trabajos hasta mediados de mayo de 1854 ,
pero en cuanto los principiaron aparecieron al abrir una zanja en la planicie referida
vestigios de muros y un enlosado con una canal que forma un ángulo recto , dispuesta
al parecer para conducir aguas. Desgraciadamente el Sr. marqués de Guadalcázar , due-
ño de la dehesa , al otorgar su consentimiento para dicha esploracion , había impuesto
á los comisionados de Córdoba dos condiciones que ignorábamos en Madrid , y que im-
posibilitaban la continuacion de la tarea comenzada , á saber : que la excavacion había
de suspenderse á fin de mayo , y que no había de poderse cortar ni quemar árbol , ar-
busto ni mata de ninguna especie. Cabalmente el desmonte de la gran mata silvestre
que obstruye el hueco ó caverna del declive meridional de la plaza alta , era una de las
primeras instrucciones que habíamos dirigido á la comision de Córdoba ; y por otra
parte el vaciado de la excavacion practicada no podía ampliarse útilmente en siete días
que faltaban hasta fin de mayo no cortando matas ó arbustos. Es pues escusado añadir
que la esploracion quedó desde entonces paralizada.

entonces, si la elegante y erudita pluma que hasta ahora con plausible modestia no hizo mas que ensayarse en el bosquejo de la historia de la arquitectura en España, emprende la árdua tarea que al parecer le está reservada de analizar detenidamente todos sus períodos y desentrañar sus singularísimos e interesantes sincronismos, quizás donde hoy deja lastimada un deplorable vacío (1), tendrá ocasión de trazar con su acostumbrada animación y elocuencia la descripción fiel de muchas bellezas artísticas que creía perdidas.

Capítulo sexto y último.

La Sierra y la Campiña.

Si hubiéramos de detenernos en describir todo lo bueno que la provincia de Córdoba debe á la naturaleza, sería interminable nuestra tarea, pues siendo la Andalucía el vergel de España, Córdoba es, ó debiera ser al menos, el vergel de Andalucía. Quede reservado á los naturalistas el encarecer la fertilidad de su suelo (2), la abundancia de sus minerales, la hermosura de sus ganados, rivalizando en encamientos con Plinio y Estrabón acerca de la excelencia de sus frutos, y salven ellos como puedan el compromiso de dejar airoso al poeta Estacio (3) que tanto elogia la bondad de sus aceites. Nosotros somos los panegiristas del arte en primer lugar, y secundariamente de la naturaleza en sus bellas manifestaciones.

Los campos de Córdoba y su tierra están repartidos en *Sierra* y *Campiña*, teniendo por término divisorio entre unos y otros el río Guadalquivir, que atraviesa diagonalmente la provincia de N-E. á S-O., bajando por cerca de Aldea del Río hacia Palma, donde se le incorpora el Genil. La Sierra y sus poblaciones quedan á la derecha de su corriente, á la izquierda los pueblos de la Campiña. Parte á esta por

(1) El Sr. D. José Caveda en su excelente *Ensayo histórico*, ya otra vez citado, se lamenta con sentidas frases de que no se conserve siquiera un solo vestigio que nos indique hoy el lugar que ocuparon los palacios de Azzahra.

(2) Ambrosio de Morales deduce la gran fertilidad de la Campiña de la riqueza que en su tiempo gozaban sus lugares, citando algunas aldeas, como Santaella, la Rambla y otras, que tenían hasta 2000 y 3000 vecinos, sin otra industria que la labranza y la ganadería.

(3) En la silva del nacimiento de Lucano.

mitad el río Guadajoz, llamado de los antiguos río Salado (*flumen salsum*), que atravesando en su nacimiento por la antigua encomienda del castillo de *Viboras* de la orden de Calatrava, sale á lo llano poco mas adelante, recibe otras aguas al pie del castillo de Locubín, baña en su curso á Castro el Río fertilizando su deliciosa ribera de huertas por medio de azudas que mueve su misma corriente, acércease á las villas de Espejo y Santa Cruz, y sigue por Torres-Cabrera su dirección al Guadalquivir, con el cual junta murmullos una legua mas abajo de Córdoba. Fertilizaba antiguamente este río cerca de Castro los términos de *Ategua*, pueblo famoso por el largo cerco que sostuvo en la guerra de César con los hijos de Pompeyo. El Guadajoz es muy celebrado en aquellas guerras civiles por los autores que de ellas escribieron.

La parte de la Sierra está naturalmente cortornada con una doble linea de aguas corrientes y cordilleras, que forman una especie de pentágono sobre la márgen derecha del Guadalquivir. Un largo estribo de Sierra-Morena que de los confines de la provincia de Ciudad Real baja hasta este río, llevando como tributo al mismo por un lado las aguas del arroyo de las Yeguas, por otro las del revuelto y precipitado Jándula, es su límite oriental. Forma el septentrional el Guadalmez, que baja desde los cerros de Fuencaliente hasta entrar en el río Zuja saldeando uno de los principales ramales de la gran cordillera; y el occidental el mismo Zuja y el Rembezár, que naciendo en las dos vertientes opuestas de una montaña, corren el uno al norte y el otro al mediodía, aquel al Guadiana, éste al Guadalquivir. Dentro de este vasto territorio, todo ceñido de altas cumbres sin mas salida que la llanura por donde el Guadalmez y el Zuja pasan juntos á regar campos de Estremadura, se dibujan otras largas cadenas de montañas: una de las cuales lo atraviesa todo de levante á poniente, de Fuencaliente á Fuenteovejuna, y es la cordillera principal de los *Montes Marianos*, que va vertiendo á uno y otro lado las aguas de sus veneros, unas al Guadalquivir, otras al Guadalmez y al Zuja, contornando elevadas barreras. De aquellos montes se originan el Guadamejato al pie del alto cerro de Nuestra Señora de Luna, el Guadalbarbo que recibe las que nacen debajo del castillo de Cuzna, el Guadiato que vuelca limpidas ondas de varios arroyuelos del término de Belmez; que vuelca limpidas ondas de varios arroyuelos del término de Belmez; que vuelca limpidas ondas de varios arroyuelos del término de Belmez; que vuelca limpidas ondas de varios arroyuelos del término de Belmez;

dal. Por último, de la gran cadena con que Sierra-Morena divide por medio el pentágono de la parte montuosa de Córdoba, se desprenden y caen al mediodía como hileras de gigantes curiosos de mirarse en la corriente del sacro Bétis, tres principales ramales; dos de ellos mueren en la ribera, y el tercero en las altas llanuras donde descuellan las ruinas del castillo de Albacar.

¡ Cuántos recuerdos encierran estas ásperas cordilleras ! Una de ellas, la mas oriental, lleva en su mas avanzado estribo el famoso convento de *S. Francisco del Monte*, que el caballero cordobés D. Martín Fernández de Andújar fundó á petición de D. Enrique III y de la reina D.^a Catalina cabe las ruinas del antiguo cenobio Armilatense. En él se veneraba la piadosa imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, hallada segun tradicion entre aquellos vestigios; y en sus claustros vivió retirado el rey D. Felipe IV durante las carnestolendas del año 1624. Otra, que es la mas próxima á Córdoba, ostenta en sus alcores el grandioso y severo monasterio de *S. Gerónimo*, construido con los despojos de la preciosa Medina-Azzahra; en su cerro de *Nuestra Señora de Belén* una congregación de rígidos anacoretas, cuyas humildes ermitas son para Andalucía lo que Monserrat para Cataluña, lo que la Tebaida para el Egipto, lo que el monte Athos para la Rumeilia; y al pie de ese cerro la famosa *Ruzafa*, que después de haber sido una de las mas deleitosas quintas de los amires, fué patrimonio de la célebre D.^a Leonor de Guzman, y después convento de padres Franciscanos; y hoy... ¡ hoy desierta y miserable fonda ! Otra, que espira dentro de una hoz formada en el llano de Hernan-Paez donde traza el Guadiato su última revuelta antes de salir brioso á la Campiña, se ilustra con el célebre santuario de *Nuestra Señora de Villaviciosa* y con el valle donde fueron bárbaramente inmolados los siete Infantes de Lara. Todas estas cadenas de montañas y las corrientes que las van acompañando en sus diversas ondulaciones, llevan en sus faldas y en sus orillas reliquias de poblaciones antiguas, de arruinados monasterios, de castillos derruidos. Fuenteovejuna, Azuaga, Belmez, Espiel, Cuzna, Trassierra, son todos lugares interesantísimos para la historia de la edad media cordobesa, situados á la parte meridional de Sierra-Morena. Lo mismo puede decirse de los que ocupan á la otra parte los estribos de la gigantesca cordillera y las márgenes del Guadomora, del Guadarramilla, del Guadamatilla y del Zuja, como Belalcázar, San-

tosimia, Hinojosa, Torremilano, Villapedroche, Pozoblanco, etc. Muchos de estos lugares eran de población considerable siendo España provincia romana; de otros que entonces había en esta parte de la Beturia de los Túrdulos apenas queda memoria. Bajo la dominación de los godos y sarracenos unos conservaron su importancia, otros la aumentaron, otros se formaron que antes no existían: muy pocos de los antiguos decayeron, porque la prosperidad del país iba siempre en aumento. En los siglos anteriores á la reconquista no ofrecía de seguro la Sierra el espectáculo de desolación y pobreza que hoy presenta. Orlaban las faldas de sus montañas blancos caseríos; en sus espaciosos valles asentaban risueñas poblaciones que se mantenían de la industria, del cultivo y del pastoreo; en sus pingües dehesas y cañadas se apacentaban ganados de toda especie; tendíanse por sus anchas lomas los viñedos con sus lagares, los olivares con sus vigas: por sus frescas vegas los edificios conventuales rodeados de granjas y cortijos; y coronaban sus empinados cerros fuertes castillos y atalayas, centro aquellos del poderío feudal, centinelas avanzadas estas de un Estado robusto y floreciente enclavado en tierra enemiga, único medio entonces conocido de comunicar con rapidez los sucesos prósperos ó adversos de la guerra. Los arroyos y ríos que vierte por uno y otro lado la Sierra no llegaban como ahora sin merma á la llanura: recogíase su precioso caudal en acequias para regar las huertas y vergeles, ó en presas para mover molinos y batanes, ó en balsas para otras industrias. Con el producto de estas y del fácil cultivo de tan agradecida tierra, sosteníanse muy granadas las rentas de las villas, de los señores y de las iglesias. Pero aquella prosperidad acabó, y hubo muchas causas para que así sucediese: primero la devastadora furia con que pusieron fin al Califado cordobés las guerras intestinas de las razas musulmanas agolpadas en Andalucía; luego el crecimiento del poder castellano, que después de la conquista de Toledo hizo de la tierra septentrional de Córdoba país de frontera, y por consiguiente de molesto y peligroso vivir; luego causas generales que paulatinamente fueron predisponiendo la opinión nacional contra las poblaciones de origen islamita; por último la pésima administración de la casa de Austria, que esquilmando á los pueblos para sostener descabelladas empresas militares y cegándoles al propio tiempo todas las fuentes de la pública riqueza, que era lo mismo que ordeñar

la vaca sin darle pasto, abrumó á los montañeses de Córdoba con alcabalas y tributos que no bastaban á satisfacer sus ya escasos provechos. Todavía aquella privilegiada tierra está brindando á sus naturales con su fertilidad prodigiosa: fuera de los olivares, naranjales, higuerales, granados, cidras damasquinas y moreras de que se cubren sus laderas aun negligentemente labradas, produce la montaña sin que intervenga la mano del hombre, arrayanes, lentiscos, algarrobos, almezos de dulcísimo fruto, pinos, avellanos, castaños y acebuches. Fórmanse naturalmente muchos colmenares en las concavidades de sus peñas; el áspero jabalí, el tímido gamo, el ciervo corredor, el conejo cauteloso, la pintada perdiz, el zorzal viajero, el tordo y el estornino amigos de los cañaverales, estimulan al cazaror á sus gratas fatigas; y los criaderos de plata, oro, cobre, azogue y carbon de piedra que recelan las entrañas de sus montes, sirven de incentivo á la actividad del minero codicioso. ¿Y qué alicientes no ofrece ella al amante de la bella naturaleza? El valle donde está situado el insigne monasterio de S. Gerónimo, con harta justicia lleva el nombre de *Valparaíso*, pues nada menos que un Eden representa á los ojos su frescura; cerca de este hay otro llamado *Vallehermoso*, y tiene tan merecido su nombre, que quien penetra en él sin saberlo se lo dá de nuevo. Subiendo por él algún trecho se aparece como jardín de amor en un campo de esmeralda *la senda del rosal*, llamada así por la extraordinaria abundancia de rosas con que allí plugo á la madre naturaleza engalanarse el seno y embalsamarse el alieno: delicioso lecho de flores para la enamorada Diana, que solo los vergeles de la Ruzafa impregnados de azahar hubieran podido con igual derecho disputar al Monte Latmos. ¿Pues qué diremos del *pago de Miraflores*, y qué de otros muchos cuyos nombres no conforman menos con sus lindezas?

En esta amenísima Sierra vamos á comenzar, lector amigo, un viaje aéreo por toda la provincia de Córdoba, con que pondremos fin á nuestra tarea. Y en esta jornada postrera tú y yo, como dos nigromantes de esos que el vulgo llama *brujos*, vamos á dar tres grandes vueltos: el primero á modo de águilas cerníéndonos sobre las cumbres de las montañas; el segundo como ánades por las orillas del Guadaluquivir abajo; el tercero como alondras que con inciertos giros revolotean en la campiña de aquí para allá, atraídas por los destellos de los

objetos lucentes, y se remontan gorjeando cuando no hallan atractivo en el suelo.

VUELO POR LAS MONTAÑAS. Mira al occidente, cerca del nudo que forman Sierra-Morena y la Sierra de los Santos, sobre una colina que domina una estensa y pintoresca llanura, entre cerros coronados de torres y atalayas arruinadas, la villa de *Fuenteovejuna*, que debe á un acto de sangrienta y heróica venganza la inmortalidad á que en vano hubiera aspirado como municipio romano (1), como población sarracena guarneida con un cinto de muros y un fuerte castillo, y como recompensa digna de los servicios de un gran maestre de Calatrava. Aplica el oido, que su nombre suena muy alto y llena toda la comarca, porque es á un mismo tiempo grito de gloria y melancólico gemido varonil. Prepárate recordando la época en que á la sombra de la autoridad real fuertemente constituida, cuajaba en el árbol de la sociedad española la preciosa yema del derecho común, á despecho de las injurias de los ricos-hombres que como sañudos vendabales la combatían. Corre el año 1476: un orgulloso comendador de Calatrava encastillado en esa villa, sujeta á la jurisdicción de la orden por permuta hecha con el gran maestre D. Pedro Tellez Giron, comete contra sus moradores toda suerte de desmanes y atropellos: tolera que sus soldados les devoren las haciendas y deshonren sus casas; él mismo con violencia les quita sus hijas y mujeres. El pueblo cansado de sufrir se conjura contra el insolente tirano; ruge el motín á sus puertas apellidando *Fuenteovejuna*, *vivan los reyes D. Fernando y D. Isabel y mueran los traidores*. Precipítase dentro la turba enfurecida, hombres, mujeres, niños, armados todos de espadas, picas, palos y piedras. Trábase en la mas fuerte pieza del castillo una encarnizada refriega: catorce criados del comendador mueren á sus pies por defenderle: muere luego el magnate, y su cadáver, arrojado por una de las ventanas á la calle, es recogido en puntas de lanzas y espadas. Acuden las mujeres con aduses y sonajas á celebrar la libertad de la villa, y despues los vecinos ancianos quitan las varas y cargos de justicia á los que estaban puestos por la orden, y acuden á Córdoba sujetándose á

(1) Llamábbase municipio *Mellariense*: dió una fuente nombre al lugar, y á ambos la grande abundancia de miel que se recoge por allí. Debió ser de bastante importancia, puesto que erigía estatuas á los varones beneméritos, como lo prueba la inscripción que se conserva en la puerta de su fortaleza, hoy iglesia parroquial, y que publicó en sus *Antigüedades* Ambrosio de Morales.

su jurisdiccion y pidiendo amparo. Quéjanse del agravio los caballeros de Calatrava al rey y al pontífice: ya los reyes mandan á la villa jueces pesquisidores. Hélos cabalgando en mulas regalonas por la márgen del Guadiato arriba; hé ahí rondando el temido tribunal algunos bárbaros sayones dispuestos á manejar contra el aterrado vecindario máquinas horribles de tormento de que nunca se hizo merecedor. Entran en la tremenda prueba hombres, mujeres, niños, y todos la sufren con heróica constancia: medio lugar padece tormento sin declarar quiénes dieron la muerte al comendador: *Fuenteovejuna le mató*, esclaman todos concordes, significando haber armado Dios contra él el brazo del pueblo entero. — ¿Quién mató al comendador? vuelve á preguntar el obcecado ministro que no comprende tan sublime respuesta. — *Fuenteovejuna*, contestan todos. — ¿Quién es *Fuenteovejuna*? pregunta de nuevo aquel. — Todos los vecinos de la villa. — ¿Quiénes son los vecinos de la villa? — Y vuelve á resonar entre dolorosos gemidos de muerte la misma heróica respuesta: *Fuenteovejuna*. Sabedora Córdoba del caso, representa inmediatamente á los reyes: los pesquisidores suspenden los tormentos: la ciudad prueba los desafueros y tiranías del comendador asesinado, y los reyes, convencidos de que su muerte fué castigo del cielo, mandan sobreseer en la causa formada al lugar.

Atravesamos ahora la gran cordillera y nos suspendemos, no lejos de la confluencia del Guadamatilla con el Zuja, sobre un llano donde descuella una población que tiene al norte un cerro ceñido por un arroyo, y en él los restos de uno de los mas soberbios alcázares de la España del siglo XV. Es *Belalcázar*, nombre dado por el fundador de aquella insigne fortaleza D. Gutierre de Sotomayor, maestre de la orden de Alcántara, á quien hizo merced de la población el rey D. Juan II. No había en toda la tierra aledaña alcázar de mas estupenda estructura: mil varas de estension ocupa todavía su muro de cantería, el cual formaba un gran cuadrilátero fortalecido con veinticuatro cubos y defendido por un castillo con ocho torres y un foso de treinta piés de anchura. Erigida la villa en condado, el nieto del maestre lo gozaba espléndidamente establecido en su magnífico alcázar. Su madre D.^a Elvira de Zúñiga, temerosa de los estragos que suele causar en los jóvenes de alma mas generosa la vida de soldado, le retenia con frecuencia en Belalcázar, aunque servia á los Reyes Cató-

licos en su corte y en las guerras contra los moros , y el valeroso caballero se daba á la montería, ejercicio muy propio de la gente moza y noble en aquellos tiempos. Volviendo un dia de una de sus cacerías, y habiéndose separado gran trecho de él sus criados persiguiendo á una res herida, advirtió que le seguía muy de cerca un hombre alto y amulatado.—Pasad adelante , ó quedaos atrás , dijole el conde, viéndole ya muy junto á su caballo.—Deseo tratar en secreto con su señoría , respondió el desconocido, cierto negocio de grande importancia.—Quedaos atrás , replicó el conde , y en llegando al castillo os oiré despacio. Picó al caballo , entró en su alcázar , y de allí á poco llegó al puente levadizo el hombre alto y moreno, á quien se permitió la entrada por haberlo ya prevenido el dueño. Pidió á este el misterioso aparecido hablarle sin testigos : el jóven caballero despidió á sus criados presentes, y quedaron los dos solos. Había sobre una mesa dos velas encendidas, porque ya iba cerrando la noche: tendió el brazo el huésped y las apagó, y bastaron su rostro de ascua y sus ojos de azuladas llamas para dar luz al aposento. Lo que entre los dos pasó allí no se sabe: el efecto sí , y fué que el conde de Belalcázar D. Juan de Sotomayor, siendo mozo soltero y de aventajadas prendas, renunció su estado en su hermano D. Gutierre, y dejando el mundo se hizo religioso. Fué muy estremado en todas las virtudes , señaladamente en la humildad , pues la misma tierra que había sido teatro de su alegría moedad , le vió, siendo Fr. Juan de la Puebla , con el hábito de S. Francisco ejercitarse en los oficios mas bajos y penosos en servicio de los pobres y de los religiosos descalzos que estableció en la comarca. Fué el fundador de una provincia de las mas insignes de la orden , la cual teniendo por núcleo la ermita de Nuestra Señora de los Angeles, creció antes de la muerte del conde santo tan rápidamente , que la Sierra por aquella parte se trasformó en un nuevo Carmelo (1).

El condado de Belalcázar con sus lugares, el marquesado de *Santofimia* (ó Sta. Eufemia) y las villas de *Hinojosa* y *Torremilano*, componen lo que en la España romana denominaban los escritores latinos

(1) El castillo de Belalcázar es propiedad del duque de Osuna por la incorporación del condado en la casa de Benavente.

El hecho que acabamos de referir está sacado de la Historia m. s. de la ciudad de Córdoba atribuida á D. Andrés Morales que posee la Real Academia de la Historia. Tomo II, pág. 1474 y siguientes.

regiones de los *ossintigisis*. Rasis llama á esta parte de la Sierra el *llano de las bellotas*, por estar muy poblada de encinares.

No lo está menos esa otra gran llanura elevada que se estiende á oriente entre el tronco principal de la Sierra y el ramal que limita por el norte la provincia. Ese dilatado valle formado por las montañas á una elevacion de mas de mil quinientos piés sobre el nivel del mar, es el de *los Pedroches*, que comprende siete villas habitadas por pastores. Verás toda esa tierra, cuya riqueza mineral se esconde en muy profundos criaderos de diferentes metales y carbon de piedra, cubierta de dehesas, de encinares, chaparros, charnecas, brezos y mata prieta, poblada de rebaños y piaras, sin mas industria que el tejido de bayetas y la alfarería. Vista la atrevida torre de la iglesia parroquial de *Pedroche*, que forma un gracioso obelisco de doscientos piés de altura con su segundo cuerpo circular, invencion caprichosa del célebre Hernan Ruiz el viejo, autor del insigne crucero de la catedral de Córdoba, pasemos adelante; y cruzando el puerto Calatraveño vamos por Espiel y Belmez al castillo de Cuzna describiendo una espiral en nuestro vuelo. Es rara la poblacion de la Sierra que no tiene su castillo: el de *Espiel*, en lo alto del cerro á cuya falda está la villa del mismo nombre, se muestra ya tan arruinado que no se reconoce lo que fué: solo se divisa á su pié la boca de una gran cisterna; el de *Belmez* era muy principal, está situado en la cumbre de otro cerro: su posicion es tan ventajosa, y tan escarpada por todas partes la peña que le sirve de base, que parece como que brindaba á construir en ella una fortaleza. Es una torre cuadrada con habitaciones de bóveda, de fábrica sarracena, tiene un muro guarnecido de cubos cilindricos y otras obras ya muy deterioradas. Fué adjudicado en el siglo XV al gran maestre de Calatrava D. Pedro Tellez Giron, el cual lo cedió con Fuenteovejuna á su órden en el cambio que hizo por Cazalla y Osuna. Desde su torre se divisaba el castillo de Fuenteovejuna por una parte, por otra el de Névalo en término de Villaviciosa, el cual le ponía en comunicacion con el de Almodovar del Rio: por otra finalmente el castillo de Espiel, desde el cual se verian tambien torres de otra linea. El castillo de *Cuzna* levantado en lo mas áspero de la Sierra comunicaria al propio tiempo con las alturas de Hinojosa, los Pedroches, Santofimia y la Alcudia; así toda Andalucía estaba ramificada bajo la dominacion islamita, y aun muchos siglos despues, por líneas

de atalayas que formaban el imperfecto sistema telegráfico de aquellos tiempos.

Vamos ahora por entre los dos ríos Guadiato y Guadalbarbo bajando al Guadalquivir, y al pasar por encima de *Trasierra* consagremos una mirada de interés á las misteriosas ruinas que al pie de sus escabrosas laderas nos hablan de una antigua población cuyo nombre se sepultó ya en el mar de hielo del olvido.

VUELO POR LA RIBERA. Lo empezaremos en *Aldea del Río*, que solo nombramos por respeto á la autoridad de Plinio, que con el nombre de *Sicia* la menciona entre los lugares de la jurisdicción de Córdoba, orillas del Bétis. Este en efecto la secunda por el poniente. Una legua mas abajo tenemos un gran pueblo, república *Eporense* para los romanos, para nosotros *Montoro*; villa cercada por el Guadalquivir, fundada sobre tres cerros de peña viva y otros tantos valles, toda de casas de piedra, con un puente soberbio costeado por sus vecinos antes del año 1500, para cuya obra, cuentan ellos con entusiasmo, se desprendieron las señoras de sus alhajas de oro, plata y piedras preciosas. No acertaré á decir si debe su nombre á sus famosos olivares, que hacen de ella un verdadero *monte de oro*, ó al toro que sobre un monte campea en sus armas simbolizando sin duda la fortaleza de su sitio. Los musulmanes la convirtieron en castillo ciñendo sus riberas con altos muros y torreones, y cerrando su única salida á la campiña con el fuerte de la *Cava*, llamado después de *Julia*, del que es reliquia ese grueso baluarte que ahí ves. Antes que la ganase S. Fernando por las pujantes embestidas del capitán D. Domingo de Lara, de quien conserva aun el nombre un barrio de la villa, habían otros dos reyes de Castilla, Alfonso ambos, arrojado de ella á los agarenos en 1155 y 1190, poniendo el último de ellos por alcaide y adelantado de su frontera á D. Nuño de Lara (1).

Vamos al *Carpio* (antiguo *Martialum*), villa que como un ginete siempre dispuesto á romper lanzas cabalga sobre un cerro, en cuya cúspide bizarra como enhiesto airon un fuerte y hermoso castillo. Construyóle para los célebres varones *Sotomayores*, señores de esta

(1) Otro Nuño de Lara (D. Francisco), capitán retirado, prestó también grandes servicios á Montoro en la guerra de la *Independencia*. Con los tiradores de la villa causó daños considerables al ejército de Dupont, y lejos de intimidarse con la derrota de las *Ventas de Alcolea*, le tuvo en continua alarma.

villa y de Jodar, gloriosos en Gibraltar y Algeciras, en Antequera y en Huéscar, un maestro moro llamado Mohammad por los años de 1325 (1). Su forma revela desde luego ser obra sarracena. No olvidará este castillo los alegres días que estuvo hospedado en él el rey D. Felipe IV (en febrero del año 1624), durante los cuales su dueño el marqués del Carpio agasajó y festejó al monarca con una gran cacería en los montes de su estado. Yendo del Carpio á Almodóvar del Rio dejamos á la derecha del Guadalquivir la antigua *Onova*, hoy *Villafranca*; luego, á una y otra márgen, á *Casablanca* y *Alcolea*; mira en las *Ventas*, donde pastan las célebres yeguadas de *la Regalada*, el suntuoso y moderno puente de mármol negrizarco que escitaba la admiración del viajero Ponz, y del cual dicen los andaluces para ponderar su lindeza, que cuando los soldados de Napoleon lo vieron preguntaron *si estaba hecho en Francia*. Queda después sobre la márgen derecha la ciudad de CÓRDOBA. No nos detengamos ya en ella; pasemos adelante dejando un suspiro de dolor en las solitarias y empobrecidas alamedas del gran río histórico que la baña.

Dejamos atrás también la confluencia de este con el Guadajoz, y después de algunas revueltas llegamos á la villa de *Almodóvar*, en cuyo formidable castillo sufrieron rigores de injusta saña D. Juana de Lara y Haro, señora de Vizcaya, por orden de su cuñado el rey D. Pedro el Cruel, y el esforzado señor de Luque D. Egas Venegas, con sus hijos y un hermano, por disposición del prepotente D. Alvaro de Luna, como pago de sus heróicas correrías en tierras de moros. Atravesando el río tenemos ahora en frente á *Guadalcázar*, antigua *Carbulo*, donde hoy no advertimos mas objeto digno de atención que un palacio medio arruinado. Sus señores los marqueses de Guadalcázar perpetúan en CÓRDOBA la descendencia de aquel famoso condestable de Castilla Ruy Lopez Dávalos, cuya estrepitosa caída á impulsos de la ambición de D. Alvaro de Luna cuenta la crónica de D. Juan II. Por redundar en gloria de otro esclarecido linaje de CÓRDOBA, será bien recordemos que quien hizo restituir al desgraciado condestable la honra y la hacienda perdidas, fué su criado Alvar Nuñez de Herrera, dechado

(1) Así constaba de una lápida de alabastro que estaba en el mismo castillo (según afirma Garibay en sus *Genealogías m. ss.*, tomo 9., lib. 54, fol. 259), que decía lo siguiente: *En el nombre de Dios. Amen. Esta obra mandó hacer Garci-Mendez de Sotomayor, señor de Jodar: e fizole maestre Mohammad; e fué obrero Ruy Cil, e fizose en la Era de 1363. Christus vincit: Christus regnat: Christus imperat.*

de lealtad y fidelidad acrisoladas, el cual se dió tan escelente traza en la buena obra que se propuso desde que el condestable se refugió en Aragon, que descubrió y probó haber sido falsificados por el secretario del de Luna todos los documentos en cuya virtud había sido condenado su señor como traidor á la corona.

Otras dos veces vamos á cruzar el Guadalquivir para hacernos cargo de *Peñaflor* y de *Palma del Rio*. Es la antigua *Ilipa* (hoy Peñaflor) mas nombrada y famosa entre los antiguos que todos los otros pueblos de la Campiña. Allí se veían en tiempo de Ambrosio de Morales las ruinas de la antigua ciudad y su famoso puerto. Hasta él, dice Estrabon, llegaban las naves cargadas de mercaderías. Desde Obulco (hoy *Porcuna*) hasta Cádiz, por Córdoba, Peñaflor y Sevilla, se hacia en la Bética un activo comercio, porque acudian de naciones extrangeras á contratar á Cádiz, subian hasta Córdoba navegando (1), y se llevaban la plata y demás metales preciosos de la Sierra dejando en cambio sus manufacturas. Desde allí, añade el geógrafo griego, comienzan á levantarse los Montes Marianos cargados de plata, y á mano izquierda se tiende la Campiña. A poca distancia de Peñaflor, en la már-

(1) El erudito Llaguno y Amirola dejó unos curiosos apuntes sobre la navegación del Guadalquivir y del Genil, extractos de las noticias que traen sobre la misma materia Zúñiga, Roa y Ambrosio de Morales. Resulta de este estudio que la navegación desde Sevilla á Córdoba, y vice-versa, se mantenía expedita en tiempo de S. Fernando; que después del reinado de D. Alonso el Sabio, atropellando intereses particulares al público, empezaron á entorpecer aquella libre navegación con azudas para molinos, que, aunque dejaban canales para el paso de los barcos, causaban grandes molestias á los traficantes y barqueros; que reinando D. Pedro el Cruel se quejaron los barqueros de Sevilla del daño que les hacían los dueños de aquellos molinos cerrando las canales por donde pasaban antes los barcos, y el rey dió auto poniendo remedio, en cuya virtud el alcalde mayor de Córdoba, para que constase siempre en adelante el ancho que habían de tener las canales de las presas, tomó la medida en el *arco de las bendiciones* de la catedral, y la dió por norma para la anchura referida, señalando de fondo dos varas; que la navegación se abandonó después por los robos que con sus entradas hacían en los pasajeros los moros de Granada; que por los años de 1524, habiendo vuelto de París el maestro Fernan Pérez de Oliva, se agitó nuevamente este asunto con mucho calor en el cabildo de Córdoba, en una de cuyas sesiones propuso aquel sabio economista, que dejando el antiguo y mezquino modo de navegar con barquillos traídos á remo, se estableciese la navegación á la sirga, tan fácil y productiva, como se practicaba en muchos ríos de Italia, Francia y Flandes con barchas de suelo llano que cargaban mas de 200 carros de peso y calaban menos de una braza de agua; finalmente, que en 1561 se volvió á tratar este importante negocio, hizo el rey Felipe II reconocer el río por personas entendidas, é informado de que la navegación del Guadalquivir ofrecía dificultades nada insuperables, resolvió S. M. fuese restablecida en cuanto se acabasen las obras para dejar corriente la del Tajo, donde por la singular industria y grande ánimo de Juan Bautista Antonelli se estaban venciendo obstáculos mucho mayores. Sin embargo de tan buenas esperanzas nada llegó á hacerse entonces: luego, en 1629, volvió á resucitar el proyecto, y nuevamente quedó abandonado.

gen opuesta, se descubre la villa de *Palma del Rio*, que hicieron famosa en la edad media los grandes hechos de armas de sus señores los Bocanegras y los Portocarreros. Fué, si bien lo recuerdo, rico-hombre y señor de Palma el famoso almirante D. Gil Bocanegra, hermano del duque de Génova, que sirvió á D. Alonso XI en Gibraltar y Algeciras sosteniendo con muy pocos bajeles contra un emjambre de galeras moriscas uno de los combates navales mas tremendos que ensangrentaron las ondas del Mediterráneo. Fuélo tambien el alcaide de Alhama Luis Fernandez Portocarrero, que murió en Nápoles, adonde le enviaba el Rey Católico á compartir con el Gran Capitan el cargo de general en jefe.

VUELO POR LA CAMPIÑA. Dividida esta en dos 'por la corriente del Guadajoz, caen á la derecha *Castro el Rio*, *Bujalance*, *Cañete*, y otras poblaciones de escasa importancia histórica.

En el año 1333 el rey moro de Granada, aprovechando la coyuntura de hallarse D. Alfonso XI con los pendones y caballeros de casi toda Andalucía entretenido en Gibraltar contra los ejércitos invasores de Marruecos, puso cerco á Castro el Rio con muy poderosa hueste. Receloso Payo Arias de Castro que estaba en Córdoba, de que le quitase de rechazo su villa de Espejo, allí cercana, partió con Martín Alonso de Montemayor y otros caballeros á socorrer á los sitiados, los cuales, perdida la villa y dejando el vestíbulo de su iglesia cubierto de cadáveres, se habian refugiado en el castillo tapiando la puerta á piedra y lodo. Payo Arias y otros, á quienes pareció temeridad querer en tal estado recobrar el lugar, se quedaron en Espejo; el señor de Montemayor siguió adelante solo con treinta caballeros: llegó á Castro con gran secreto, halló á los moros descansando con los portillos abiertos, y pidiendo favor á Dios y á su Santa Madre, se arrojó como un leon sobre ellos y penetró en la población. No había dentro mas que sesenta soldados útiles, los demás habian muerto ó estaban mal heridos; juntos con los de Córdoba repartieron todos con buen orden en los puestos mas peligrosos y repararonlos con maderaje lo mejor que pudieron. Pero ¿cómo defender un lugar tan mal guarnecido contra un ejército tan formidable como el del rey de Granada, que le combatia con mas de cien mil lanceros, ballesteros y honderos, multitud de picos y azadones y toda clase de máquinas de guerra? El ingenio y el valor unidos triunfaron de todo: mal disfraza-

do á propósito y con poca cautela, despachó Martín Alonso á Córdoba un hombre avisando que viniesen sobre los moros la noche siguiente, y brindando á sus caballeros con una grande y fácil carnicería: salió bien la traza, porque el correo fué hecho prisionero, y temiendo por su declaración el rey de Granada verse envuelto al otro dia por un ejército auxiliar, que en realidad no existía, resolvió apresuradamente aprovechar el tiempo que le quedaba para dar al lugar una embestida decisiva. Otro aviso bien dirigido llegaba entre tanto á los de Espejo. Pujante fué la acometida: valerosa, heróica la resistencia. La presencia del señor de Montemayor engrandecía los corazones y comunicaba á los sitiados sobrenatural aliento. No ganaron los infieles un palmo de terreno: acabábase el dia y los últimos rayos del sol poniente arrancaban rojizos destellos á los yelmos de una pequeña hueste procedente de Espejo, que iluminada de espaldas aparecía en el horizonte como un enlutado escuadron de gigantes. Por seguro tenía el granadino que se hubiese alzado contra él toda la tierra: abandonó el cerco, levantó el campo dejando en él muchos muertos, y á marchas forzadas se volvió á su tierra. Agradeció el rey D. Alonso el gran servicio que le había prestado el señor de Montemayor, y le autorizó para que añadiese á sus armas la divisa de la banda entre bocas de dragantes, que es la misma que has visto esculpida en el sepulcro de su hijo el señor de Alcaudete en la famosa capilla antigua de S. Pedro de la catedral. *Castro el Rio, Castra Postumia* en los escritos de Hircio y en los comentarios de Julio César, solo conserva de sus reliquias romanas una lápida de jaspe encarnado que se cree pertenecía á un templo consagrado á Augusto (1); hoy su aspecto es en todo sarraceno. Su parte antigua, cercada de murallas ya medio arruinadas, con una sola puerta, ocupa un pequeño cerro. Defendía aquella única entrada el castillo de que hemos hecho mención, unido entonces á la muralla por medio de un arco que ya no existe. Durante las turbulencias del reinado de Enrique IV por los años de 1466 lo reparó el conde de Castro.

En *Bujalance*, que no es en nuestra humilde opinión la *Betis* de Estrabón, ni la ciudad de los *Bursavolenses* de Hircio, ni la *Vogia* de Ptolomeo, sino la *Sacili* del itinerario de Antonino, solo es bella y ar-

(1) Existe en las casas de Ayuntamiento. Fué hallada entre las ruinas de la ermita de Sta. Sofía y tiene esta inscripción: *SACRATA DOMUS AUGUSTO.*

tística para nosotros la gran fortaleza árabe que la domina, edificada por mandado de Abde-r-rahman An-nasír. Forma una plaza de armas cercada con un muro fortalecido á trechos con siete torres, en que se advierten lastimosas ruinas, y reparaciones del tiempo de la reina D.^a Juana.

En *Cañete de las Torres*, señorío de los duques de Medinaceli, hallamos descollando en medio de la plaza de la villa otro soberbio castillo con sus torres derruidas, en que se marcan todos los modos de construccion, el romano, el godo, el sarraceno, el cristiano de la edad media. Tres veces la ocuparon los muzlimes: primero en la invasion general que arrancó de sus cimientos el trono de Rodrigo, luego en el siglo XIV, últimamente á fines del siglo XV cuando los moros llevaron á Granada todo su vecindario en cautiverio. Otras tres veces la recobraron y repoblaron los cristianos: en 1330 bajo D. Alonso XI, en 1407 durante la menor edad de D. Juan II, y en tiempo de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel.

A la izquierda del Guadajoz, entre este río y el Genil, tenemos el gran teatro de muchas proezas consumadas en la secular contienda de España contra el islamismo y en sus deplorables guerras civiles, y los señoríos de los mas ilustres guerreros cordobeses. *Luque*, rodeada de cerros entre el Marbella y el Salado, con su castillo árabe de dos torreones y el antiguo palacio de sus señores, nos habla todavía de los Venegas y Mendozas, ilustres en Antequera, en Huescar, en las márgenes del Darro y del Gareilano. *Zuheros y Doña Mencia*, esta con su castillo, aquella al pie de una elevada cordillera de rocas y montañas, conservan celosas la memoria de un alcaide, Diego de Cabrera, y de un señor, Alonso de Córdoba, que se coronaron de gloria en la prision del rey chico de Granada. La villa antigua de *Baena*, en un cerro que lame tímido el Marbella, sobre el cual parece haberse empinado para señorear gran parte de la campiña hasta divisar las crestas de Sierra-Morena, lleva escritas en sus edificios, ya magnificas, ya sangrientas páginas históricas. Allí la *Baniana* romana descubre la veneranda toga de sus ediles y duunviros en un panteon subterraneo donde se hallaron en nuestros días urnas cinerarias pertenientes á la familia Pompeya. Allí ostenta la arquitectura cristiana de los siglos medios sus esbeltas curvas ojivales en las iglesias de Sta. María y S. Bartolomé; allí el castillo y palacio de los condes de Altamira.

ra nos trae á la memoria la magnánima defensa que contra la acometida del rey moro Mohammad hicieron los caballeros Alonso Perez de Saavedra su alcaide, el señor de Cañete Fernando Alonso de Córdoba, Payo Arias de Castro, señor de Espejo, y Juan Martinez de Argote, señor de Lucena. Háblanos este castillo, mas bien alcázar, de la traicion horrenda cometida por D. Pedro el Cruel con el rey Bermejo de Granada y los caballeros moros de su séquito, á todos los cuales hizo matar en un festín nocturno; háblanos de la prision que entre sus muros padeció en 1483 otro rey de Granada, Muley-Bahadali; háblanos por fin del famoso mariscal de Castilla Diego Fernández de Córdoba, que con sus valerosos hechos dió principio á la ilustre casa de los condes de Cabra y duques de Baena. La villa por su parte nos recuerda además de sus gloriosas defensas y arrancadas contra los moros granadinos, uno de los accidentes mas dramáticos de la menor edad del rey D. Alonso XI (año 1319). Los infantes D. Pedro y D. Juan gobiernan juntos el reino: el infante D. Juan, envidioso de los lauros que ciñe D. Pedro, le propone hagan juntos una algarada por tierra de moros para que la gloria de ambos sea igual. Admite D. Pedro, pero lo que los hombres disponen suele desbaratarlo el cielo. Sale D. Juan de Baena con muy lucida hueste formando la vanguardia; D. Pedro sale de Córdoba cubriendo la retaguardia con sus caballeros y pendones. Afortunados en sus correrías y talas, recogen gran botín, y al cabo de tres días resuelven regresar á su tierra, D. Juan de retaguardia, y delante con los suyos D. Pedro. Lo que D. Juan se propone con esta invención del orden de marcha, Dios lo sabe. Noticiosos los granadinos de que la sed acosa á la hueste cristiana, salen á picarles la retirada, y sin propósito deliberado de tratar batalla la comienzan, con tan buena suerte, que el infante D. Juan se ve en el mayor aprieto. Acude á socorrerle el leal D. Pedro; con la espada desnuda procura detener á su gente que se desbanda y huye, y no pudiendo conseguirlo, tal pasión de ánimo le sobrecoge que se le tulle el cuerpo, pierde el habla, y cae muerto del caballo. Avisado D. Juan de tan repentina desgracia, desvanécese con el sobresalto, y cae también muerto en tierra. Cubre la noche el campo, cesa el combate: el cadáver de D. Pedro, colocado en una mula enlutada, pasa por Baena con dirección á Córdoba en medio de su escuadron que le tributa lágrimas y lamentos. El cadáver de D. Juan quedó en poder de

los insieles; pero el rey de Granada lo envió á su hijo con acompañamiento de luces y lutos, y fué llevado á enterrar á Burgos.

Espejo, Fernan-Nuñez y Montemayor eran como tres guerrilleros avanzados puestos en emboscada por Córdoba detrás de una sierra que les servía de barrera contra las acometidas del granadino; así como tenía destacadas delante de esa misma sierra, con el Genil por foso, otras muchas villas. *Espejo* debe á su señor Payo Arias un castillo adornado de vistosos torreones, hoy propiedad de los duques de Medinaceli; *Fernan-Nuñez* ostenta dos grandes timbres: haber prestado asilo en su antiguo castillo á los mozárabes fugitivos en los días de persecución y martirio, y ser el primitivo solar de la gran casa de CÓRDOBA por la donación que hizo el santo rey á su primer señor Fernan-Nuñez de Temez. Un vasto palacio, adornado de pinturas y esculturas, que en el siglo pasado edificó el conde D. Carlos José Gutierrez de los Ríos siendo embajador de España en Lisboa, sirve como de engaste al único torreón que queda de aquella preciosa antigualla. *Montemayor* desde la cima de un cerro árido, donde tiene otro castillo con tres preciosas torres góticas, está clamando á las presentes generaciones contra el olvido que la injuria. A la orilla del arroyo Carchena que le baña el pié por levante, yacen las ruinas del castillo antiguo de *Dos Hermanas*, que dió el rey al famoso D. Martín Alonso de Córdoba, fundador del estado de Montemayor (1). El renombre de sus esforzados condes (2) vuela desde esas poéticas llanuras hasta las enriscadas cumbres de Alcaudete y de Antequera, ilustradas con la generosa sangre de sus guerreros.

Siguen al sur de la mencionada sierra *Montilla, Aguilar, Cabra y Lucena*, que con la Rambla, Montalvan, Santaella, Monturque, Puente Don Gonzalo, Castillo-anzur, Benamejí, Priego y Carcabuey, completan el cuadro de los grandes recuerdos históricos de la provincia. Si *Montilla* es la antigua *Ulia*, ó bien el *Monte de Ulia (Mons Uliæ)*, ó como otros pretenden aquella *Munda (Munda illa)* tan famosa por haber ganado en su campo Julio César contra los hijos de Pompeyo el imperio del mundo, es cuestión que dejaremos ventilar á los mas peritos en corografía romana. De todas maneras la orla de la toga

(1) Véase la página 244, nota 1.

(2) Los condes de Alcaudete, cuyo estado fundó el adelantado D. Alonso Fernández de Córdoba, hijo de D. Martín Alonso.

pretexta le asoma por debajo de su paludamento cristiano en los notables vestigios de baños romanos que ofrecen al arqueólogo las fuentes del *Álamo* y de la *Higuera de Belén*, y la llamada *Canteruela de Sta. María*. Tiéndese esta ciudad como perezosa bajo la influencia del sol de Andalucía, sobre dos elevadas colinas, desde donde registra un vistosísimo horizonte todo ceñido de sierras, pues del norte al sur por la parte de levante la contemplan Sierra-Morena, las sierras de Jaen, de Martos, de Alcaudete, de Doña Mencia, de Priego, de Rute, de Loja, de Lucena, de Cabra y de Archidona; y del sur al norte por el lado de poniente la recrean con sus azulados festones la peña de los *enamorados*, las alturas de Colmenar, de Antequera, Teba, Estepa, Osuna, Medina-sidonia, Écija, Carmona, Constantina y Cazalla. Tuvo en su parte mas alta un hermoso castillo, edificado por D. Pedro Fernandez de Córdoba, padre del Gran Capitan, y en el cual nació este invicto héroe; pero el rey D. Fernando el Católico lo mandó demoler para castigar al marqués de Priego por haber tenido preso en él á Fernan Gomez de Herrera. Dícese que tenía treinta torres y que era una de las fortalezas mas insignes de Andalucía. Fué Montilla señorío de los marqueses de Priego, de la casa de Aguilar, que produjo varones tan distinguidos en las campañas contra los moros de Antequera y de Granada.

Baja ahora recto al sur, y en cuanto cruces el río Cabra verás alzarse á tu frente, formidable todavía aunque desmantelado, el castillo árabe de *Aguilar* sobre el cimiento de la antigua fortaleza romana de *Ipagro*, y en la cumbre de una de las cuatro colinas por las cuales se dilataba la villa sarracena de *Poley*. Cuando los Aguilares (1), los Coroneles (2) y los Fernandez de Córdoba (3) habitaban este castillo, resonaban en su torre de homenage ¡cuántos juramentos de fidelidad noblemente cumplidos; en sus altos salones cuántos clamores de

(1) Fueron sus primeros señores los Aguilares, por donación que hizo el rey S. Fernando á D. Gonzalo Ibañez, que le mudó el nombre de *Poley* por el de *Aguilar*.

(2) Cuando los últimos Aguilares señores de la villa murieron en Algeciras sin dejar descendencia masculina, el rey D. Alonso XI incorporó el estado de Aguilar á la corona, y á los descendientes por hembra D. Bernardo vizconde de Cabrera y D. Alonso Fernandez Coronel, los contentó con la *Puebla de Alcocer y Capilla*. D. Alonso Coronel no obstante obtuvo del rey D. Pedro, por mediación de D. Juan Alfonso de Alburquerque, el estado de Aguilar reteniendo á Capilla.

(3) Despues de muerto D. Alonso Coronel, su estado fué incorporado á la corona; y muerto el rey D. Pedro, D. Enrique II dió la villa de Aguilar á D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, de quien se derivó á sus descendientes los marqueses de Priego.

júbilo los días de cacería, de fiestas, de bodas; cuántas bendiciones en su soportal embovedado, adonde acudían los pobres de la comarca; cuántos gritos de victoria y sinceros parabienes por todo su ámbito, desde los baluartes esteriores hasta los elevados chapiteles de las torres, cuando sus dueños volvían triunfantes de las sangrientas lides con los infieles! ¡y cuántos ayes lastimeros no se habrán exhalado de sus fuertes muros cuando murieron uno tras otro en Algeciras aquellos dos hermanos, los ricos-hombres D. Gonzalo y D. Fernando Ibañez de Aguilar, sus bizarros señores! No hacia menos interesante este castillo la malhadada suerte de su dueño D. Alonso Fernández Coronel, sitiado en él por el rey D. Pedro en persona y por el maestre de Alcántara D. Juan Nuñez de Prado, vencido tras una obstinada defensa y en sus propios estados degollado. Pero los vandálicos agentes del positivismo moderno, para quienes estos monumentos de nuestra antigua historia feudal solo son tolerables en las novelas, han desbaratado por muchas partes esta insigne fortaleza teatro de sucesos tan importantes, cuna de tantos esclarecidos varones. ¡Sus sillares ¡profanación inaudita! han venido á tierra derrumbados para mejorar el piso de las aceras de la población!... ¿Qué juzgarían de las autoridades *ilustradas* que tales cosas mandan los hombres de aquellos siglos que llamamos de ignorancia y oscurantismo, si pudieran en sus empolvados sepulcros interrumpir su sueño de muerte? Pero las autoridades *ilustradas* se rien de los difuntos. Bajando de Aguilar hacia el Genil se encuentra á cosa de una legua el maravilloso *Lago de Zóñar* en un valle abierto que forman unos cerros de poca altura, ocupando de septentrion á mediodía mas de un cuarto de legua. Su agua es salobre y su hondura muy grande, sin que se comprenda de dónde le viene aquel caudal. Dícese que un año de copiosas lluvias creció mucho y anegó las tierras circunvecinas, y los labradores, temiendo otro daño semejante, lo sangraron haciendo canal hasta el río de Aguilar que pasa harto mas bajo. Por ese canal empezaron á subir peces, y holgándose en aquella anchura, hicieron en breve considerable cría, que fomentó luego el marqués de Priego D. Alonso de Aguilar, señor del estado. Edificó este también una linda casa sobre el lago, adornándola con jardín, huerta y bosque, y otros deliciosos atractivos. Diríjamos el vuelo derecho á levante hacia el nacimiento del Monturque.

Llegamos á *Cabra*, tan famosa por su sierra (1), por su nava (2), por su sima (3), por su origen griego (4), por su antigüedad romana, por sus obispos, por sus condes, por las sangrientas contiendas de su detentador D. Juan Ponce de Cabrera con la orden de Calatrava, por la dura esclavitud que un rey de Granada impuso á todos sus moradores, por la reconquista y cesión á D. Leonor de Guzman que de ella hizo el rey D. Alonso XI; y me preguntas asombrado dónde está su poderoso castillo. Disfrazado de palacio, en una de las montañas que circundan el fértil y pintoresco valle en que se estiende la moderna villa, muestra de su antigua estructura una sola torre y varios torreones desmochados pertenecientes á su circunvalacion exterior; pero si registras diligente sus ruinas, hallarás su primitivo y vasto recinto en lo que se llama hoy *Plaza de armas*, donde los siglos han

(1) En la parte de esta Sierra colindante con las de Priego, Luque y Carcabuey, se crián muchos vegetales preciosos para la medicina: hay tambien canteras de jaspe rojo de muchas especies, mármoles, piedra blanca, alabastro y piedra comun, que beneficiaban los árabes.

(2) De la famosa *Nava de Cabra* dice el moro Rasis estas palabras en su historia: «Tiene Cabra en su término un monte que llaman Selva, y es tan alto que contiene con las nubes. En aquel monte hay muchas flores y de muy buenos olores, y además yerbas de todas virtudes.»

(3) La Sima de Cabra, que tanto llamó la atención de Cervantes, se abre á un lado de aquella sierra en el llano que hay á la espalda del tajo que llaman de Camarena. Las generaciones unas á otras han ido desde una época muy remota legándose maravillosas tradiciones y consejas que la hacen objeto de favor entre la gente sencilla. Rasis decía que era una de las puertas de la caverna de los vientos. En el año 1841 se practicó en ella un reconocimiento por un profesor de ciencias y otras personas entendidas: resultó haber á la distancia de unas 140 varas de su boca una esplanada bastante capaz, ensanchando desde la entrada sus paredes sin guardar regularidad y en diversos tramos. Desde su mitad ó algo más ensancha desproporcionadamente, y en su fondo tienen las paredes musgo y humedad. Solo se encontraron ranas en lo profundo de la Sima.

No sin fundamento la mira con espanto el vulgo, porque el puntilloso honor andaluz la escogió algunas veces para sepultura de los infelices autores de sus mancillas. Cuéntase de un título cordobés que sacrificando á la reparación de su honor ofendido los vínculos mas tiernos de la naturaleza, precipitó en ella á una hija suya que vivía amancebada con un joven de oscuro linaje. Sirviéronle en este acto de cómplices dos hermanos de la víctima: fingieron una huelga campestre diciendo que iban á ver á un parente muy ilustre, aderezóse todo lo necesario, y la pobre señora creyéndolo se compuso lo mejor que pudo y con sus mas costosos aderezos. Melida en una litera con muy honrado acompañamiento, fueron caminando por sendas estraviadas, y llegado que hubieron cerca de la Sima de Cabra se apareon todos. Despues de merendar, mientras merendaban los criados, apartáronse el padre, la hija y sus dos hermanos, fingiendo ellos ir divertidos con varias razones, y al llegar á la Sima dió uno de ellos un empeñón á la desgraciada mujer y la echó dentro. Hecho esto se volvieron, y emprendieron el viaje de retorno para su tierra, muy satisfechos de haber dejado sepultada en la Sima la causa de su deshonra. *Libro de cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba*, M. S. de la Real Academia de la Historia, caso 44, fol. 103.

(4) El nombre romano de *Egabrum* que llevó, parece derivarse del griego *Aigagros*, que se interpreta *Cabra* montés ó silvestre.